

DE LA IMAGEN A LA PALABRA, DEL BORRAMIENTO A LA EXISTENCIA. Comentarios al trabajo de la Dra. Jhuma Basak¹

Luisa Elena Álvarez*

Unas impresionantes fotografías inician este hermoso, conmovedor y perturbador trabajo de la Dra. Basak. Cuerpos insepultos en montañas de cenizas que, sin embargo, en una primera visión, parecen objetos coloridos que alegran un paisaje espectral. Estas imágenes son luego relatadas como la historia de un duelo imposible, un duelo de siglos que se ve cristalizado en estos capullos que nunca llegan a florecer. Fantasmática de aquellas ausencias imposibles de registrar que nos dejan sin los representantes y significantes para el trabajo de tan dolorosa pérdida. Sin embargo, creo que ni siquiera cabe la palabra pérdida y, menos aún, duelo. ¿Cómo se puede procesar la pérdida subjetiva si realmente no hay un otro cómo portador de un cuerpo erotizado y de una alteridad que nos enfrenta con la idea de que somos parte de una comunidad, de un grupo? ¿Cómo procesar el duelo de un objeto no representado? ¿Cómo salir de esta ausencia blanca? El otro se convierte entonces en un cuerpo no subjetivado, que solo puede ser vivenciado como un cuerpo a destruir, un cuerpo arrasado por el fuego.

La pobreza de la que nos habla Jhuma es una pobreza compartida en muchos países de Latinoamérica. Países tomados por discursos totalitarios en donde la idea de un sujeto con la capacidad de pensar y de mentalizarse es una afrenta a los regímenes que profesan un supuesto amor al *pueblo* (*pensado como una masa y no cómo un conjunto intersubjetivo*) nos condenan a una vida en dónde lo profundo

* Médico Psiquiatra de la Universidad Central de Venezuela. Psicoanalista titular en función Didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Profesora de Teoría y Técnica Psicoanalítica del posgrado de Psiquiatría y Clínica Mental de la Universidad Central de Venezuela. Profesora del Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Expresidente de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Miembro del Comité de Ética de la API. Ha publicado en las revistas *Trópicos*, *Bitácora Lacaniana* y *Psicanálise e Cultura*.

<luisaelenalvarez@gmail.com>

1. 53.º Congreso de la IPA. Cartagena. "La mente en la línea del fuego", 26-29 julio, 2023.

se convierte en lo banal, en donde la palabra plena de riqueza semántica poco a poco se va desmantelando en favor de una palabra vacía, como holofrases que atacan el discurrir de la simbolización y de lo inconsciente. De tal manera que la *Ética*, como un elemento de contención y rescate de la alteridad, queda sumergida en la apasionada violencia de la carrera por la supervivencia. Y cómo podemos entender esta supervivencia sino como un mandato a la satisfacción pulsional marcado por el principio del placer que nos lleva a una voluptuosidad narcisista, en donde se establecen contratos marcados por la necesaria denegación del otro para la pertenencia al grupo y que son utilizados para la destrucción de cualquiera que se perciba como ajeno, extranjero y, por lo tanto, ominoso. Un consumo orgiástico del otro fosilizado en objetos tecnológicos mágicos que nos puede colocar en una situación narcisista diádica bidimensional. Hemos pasado del *pienso* luego existo al *tengo*, luego existo. El grupo entonces se sostiene por mecanismos primitivos como nos explica Jhuma, que mantienen un pacto de denegación perverso.

El sujeto es sin duda sujeto de sí mismo, pero también sujeto para el conjunto del que forma parte. Recipiente de herencias y de transmisiones transgeneracionales que le van dando un lugar tanto en su *self* como en el conjunto del que forma parte y al que *debe* acogerse para asegurar su supervivencia. Es decir, debe cumplir sus propias exigencias pulsionales al igual que aquellas que se encuentran anudadas a las exigencias pulsionales que le impone la pertenencia al grupo. Sin embargo, vemos con alarma cómo el conjunto amplio (país o madre tierra) que no cumple con sus funciones parentales (nutricias y de ley) pueden llevar al sujeto a un punto de no retorno en donde el cuerpo es el único objeto que puede "sexuar" más no erotizar. En el discurso transgeneracional entonces vemos que hay varios puntos de anudamiento con lo político que permiten que la renegación sea el mecanismo privilegiado para el mantenimiento de los órdenes políticos actuales.

Siguiendo a René Kaës (2012) en su libro *El Malestar*, tenemos que necesariamente abocarnos a dar nuevas respuestas y teorizaciones acerca del sufrimiento actual. Nuestro malestar no es el malestar freudiano, en donde el escenario de lo singular se encontraba privilegiado sino un malestar en donde el individuo es parte de un conjunto. Es una nueva estructuración por considerar, porque ese conjunto es sostenido por ideologías, mitos, instituciones y discursos de aquellos que detentan el poder; los cuales dejan una marca distinta en lo singular a aquella de la época freudiana. Marca distinta también en la manera que es portada por el sujeto. Instituciones, mitos, ideologías, pueden favorecer y promover el borramiento del otro para *des-subjetivarlo* y convertir a aquellos que no pertenecen al conjunto idealizado en objetos de proyecciones masivas que deben ser condenados a permanecer en la oscuridad de la no existencia o en lo blanco de

la ausencia. El otro que se debe desconocer y que debe sufrir. Es por ello por lo que Kaës, en un giro del lenguaje, forma un neologismo, *malêtre*, de la palabra y pienso que lo podríamos, a modo de juego lingüístico, traducirlo separado e invertido. Entonces no se trata de un malestar, sino de un **estar mal**, en donde el estar remite a una posición subjetiva en donde *el sujeto*, para pertenecer al conjunto intersubjetivo que lo contiene, **debe** estar mal. Sería entonces el Estar Mal de la cultura. Cuerpos sufrientes que se pueden convertir en un número (los fallecidos del COVID, la numeración de los prisioneros de los campos de concentración, el número con el que nos vinculamos a las instituciones que funcionan en nuestros países). Ese número que funciona como un tatuaje psíquico y que pone en evidencia la importancia de la banalidad. Banales en tanto partes de una masa y no como un conjunto intersubjetivo en donde somos uno y parte de un todo. Entonces no hay duelo sino pánico, terror sin nombre, desamparo y desolación, acompañado del exceso de la hipermodernidad que con su brillantez tapa la carencia. Como nos plantea el trabajo de Jhuma Basak una carencia velada, mas no reparada, por mecanismos de defensa maniacos.

La culpa que se transmite a través de las generaciones es entonces una culpa por la existencia, pensada como la existencia de un sujeto de deseo y un sujeto erotizado. Son las cadenas de eros que están abolidas como lo muestran las viñetas del trabajo. ¿Pueden las pacientes de Jhuma pensar en su deseo y en sus cuerpos de una manera no vergonzosa si el discurso que se les ha transmitido desde generaciones atrás es que solo es placer de órgano lo que está permitido? (por ejemplo, la defecación).

Si pensamos en los conjuntos trans subjetivos, el sujeto singular se conforma de acorde a experiencias propias, pero también marcado por los discursos de generaciones anteriores y por aquellos discursos sociales y culturales que se han incorporado en el inconsciente. Estos discursos pueden poseer baluartes y aspectos clivados que hacen su aparición en las generaciones sucesivas sosteniendo todo aquello que es repudiado y no elaborado. Aquí aparece el repudio por lo femenino e incluso el repudio por el cuerpo de la mujer. Ser mujer y poseer un cuerpo de mujer puede ser objeto entonces de ataques feroces por aquellos que durante siglos han considerado a la mujer como objeto y no como un sujeto de deseo. ¿Y por qué se escoge el cuerpo femenino como aquel que con mayor frecuencia debe ser abolido?

El cuerpo femenino y los correlatos subjetivos que este conlleva siempre han sido difícil de teorizar. Territorio oscuro, imposible de conocer, metáfora del enigma y sobre todo de la castración. Aquella que nos recuerda el límite. Pero también como el lugar de la creación mágica, de la omnipotencia, del amor que no conoce límites, de aquella madre que todo lo puede y todo lo da (la madre tierra enaltecida de los nacionalismos extremos). Dos constructos irreconciliables

y terroríficos que sostienen estructuras de poder que generan el concepto del enemigo (aquel diferente) e identificaciones con el agresor a partir del mecanismo de transformación en lo contrario. Yo, en tanto igual al otro, y, por lo tanto, no *alter* puedo entonces subsistir en el conjunto. La mujer es entonces velada, como vemos en los países en donde el cuerpo femenino es tapado completamente para sostener una imagen inconsciente de igualdad, no entendida desde lo simbólico sino desde lo especular. Un espejo que no refleja la diversidad sino solo UNO.

Mujeres que como las pacientes de Jhuma no pueden tener un lugar subjetivo ya que son sujetos "sucios", sujetos que no pueden desear. La mera existencia de sus cuerpos y sus contenidos fluidos (menstruación, leche) es una afrenta y deben ser "limpiados" para poder ser tocados —y con esto no me refiero al recorrido pulsional que a través de la mirada, la voz y el tacto de un otro pueda dar bordes, conformar al yo corporal y *además* dar un lugar de deseo sino a tocar para borrar— y que a través de una supuesta pureza se conviertan en un ideal (ideal persecutorio y abominable). Un yo ideal que sostiene un lugar narcisista de diada que borra la castración y garantiza la conformación narcisista del grupo. Y que además las sitúa en un lugar de doble pobreza. Pobreza en su estructuración psíquica individual y pobreza en el lugar que deben ocupar en el contrato narcisista que las *ata* al grupo. Una atadura que conlleva la denegación de su sexualidad, de su erotismo y de su voz como representantes de la alteridad en el grupo y no les permite la incorporación dentro de una cadena social de valoración. Al no poder ser "ricas" porque provienen de la pobreza y de la trasgresión del incesto (como la segunda paciente de Jhuma) el pacto social las coloca en el lugar de la pobreza. La imagen del cuerpo expuesto, en un acto íntimo como el de evacuar me hace pensar en la degradación más absoluta. Cuerpos sin intimidad, cuerpos sin lugar, cuerpos como esos que nos muestran las imágenes terribles traídas por Jhuma en esta ponencia. Cuerpos numerados, llenos de funciones (evacuar, menstruar, gestar) pero sin poder apoderarse del deseo y por consiguiente de un discurso. Se generan entonces procesos sin sujeto ya que hay ausencia de garantes que permitan la construcción subjetiva. Y los procesos sin sujetos y con ausencia de garantes son procesos sin historia, llenos de relatos gloriosos, maniacos, omnipotentes en donde la pulsión de muerte puede avanzar como avanzó en la pandemia que recién vivimos.

Pero además hay otra pandemia. La pandemia de la conectividad tecnológica que nos da la ilusión de poder compartir una intimidad que nunca se tuvo. Esos espacios infinitos de una supuesta escucha y mirada que "salva" pero que esclaviza. Ese hiper mundo del que nos habla Jhuma. Miles de "likes" que tratan de mitigar un sufrimiento más profundo. Ese de la ausencia de la representación, de la ausencia en el registro narcisista. Cuando esto ocurre la constitución subjetiva presenta fallas narcisistas que impiden el "amor propio" y se presentan

identificaciones con objetos denigrados y empobrecidos que son transmitidos a través del discurso familiar y social. Pobreza, mujer, casta o clase social, “negritud”, diferencia etc. son significantes que desfilan a través del discurso social como el otro a ser eliminado ya sea a través de la erradicación física (como ocurre en los regímenes autoritarios) o a través del borramiento subjetivo. Son entonces sujetos sin derechos y sin voz.

Los discursos políticos de odio que podemos ver en nuestros tiempos van más hacia la erradicación del otro que al apoderamiento del otro. Pareciera que hay una prevalencia de la pulsión de muerte expresada en forma aniquilatoria más que en la forma del control maniaco del otro; aunque ambas formas de expresión de la pulsión están presentes. Lo vemos en la clínica cuando nos encontramos cada vez más pacientes con sufrimientos y miedos intensos, con dificultades para pensar y pensarse, con pocos sostenes identificatorios suficientemente buenos para desear y no solo sufrir. Esto no es solo consecuencia de lo singular, también se debe a la depauperación y vaciamiento de los garantes necesarios que deben ser aportados desde lo social para garantizar esa construcción subjetiva singular. Como el *infans*, con hambre no se puede pensar, solo protestar y buscar alivio a través de una denuncia descarnada (el llanto infantil) de esa falta tan básica. ¿Pero cómo ser escuchado cuando no hay oídos para ello?

Volvamos a la ética. ¿Cuál es nuestro lugar ético como psicoanalistas en estos tiempos? Creo que debemos, como dice la autora, teorizar acerca de las modalidades de construcción subjetivas, darle nombre al sufrimiento y ser ese oído que sí escucha. Pero creo que también debemos ser testigos de la historia de nuestros pacientes, testigos no solo desde el lugar de la escucha sino de un reconocimiento desde la abstinencia y la neutralidad de ese lugar que ocupan en la comunidad y como son pensados por ella. NO utilizar la desmentida como mecanismo para clivar el sufrimiento y ser analistas “limpios”. Llenémonos de estos significantes para así poder metaforizarlos, descubrir la polisemia necesaria que significa ser sujeto singular y de la cultura. Sujetos deseantes que puedan elaborar duelos sin recurrir a la violencia, a la erradicación sistemática del otro. Usemos el poder del fuego, ese fuego que no solo es creativo, sino que nos ilumina para seguir en el camino correcto. Ese fuego que porta la luz que no elimina la oscuridad, pero, como nos dice Freud, la hace menos solitaria. Seamos sujetos que acompañan y testifican la historia subjetiva del Otro.

Referencias bibliográficas

- Baranes, J. (2006). *Devenir de sí mismo: avatares y estatuto de los transgeneracional en Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. René Kaës et al. 1era reimpresión. Buenos Aires: Amorrortu, 2006, pp.187-208.
- Benhaim, D. (2015). Reflexiones acerca del Malêtre de René Kaës en *Psicoanálisis & Intersubjetividad*. Volumen 8 junio 2015.
- Kaës, R. (1989). El pacto denegativo en los conjuntos trans-subjetivos. En *Lo negativo. Figuras y modalidades*. Buenos Aires: Amorrortu, 1991, pp. 130-169.
- _____. (2012). *Le Malêtre*. Francia: Editorial Dunod.

Resumen

En esta discusión se plantean las dificultades de subjetivación en la actualidad en donde el otro reconocido como una *alter* es sujeto de ataques a través del discurso social y político implantándose mecanismos de defensa que le aseguran la pertenencia al grupo pero como un ser des-subjetivado, no portador de deseo, incapaz de pensar y de ocupar un lugar de riqueza tanto en lo inconsciente como en lo social. Además, se explora la posibilidad de que la dificultad para la construcción subjetiva sea aún mayor para la mujer en aquellas sociedades en donde los garantes necesarios para que esto ocurra no son aportados por el grupo al que pertenecen. Se plantea cual es el lugar ético que debemos ocupar como psicoanalistas en la actualidad.

Palabras clave: subjetivación, mecanismos de defensa, discurso social, ética

Abstract

The difficulties of subjectivation today are discussed, where the other recognized as an alter is subject to attacks through social and political discourse, implanting defense mechanisms that ensure belonging to the group but as a de-subjectivized being, not bearer of desire, incapable of thinking and occupying a place of wealth both in the unconscious and in the social. In addition, it is explored the possibility that the difficulty for subjective construction is even greater for women in those societies where the necessary guarantors for this to occur are not provided by the group to which they belong. What is the ethical place that we should occupy as psychoanalysts today is considered.

Keywords: subjectivation, defense mechanisms, social discourse, ethics